

Introducción

MIS AMIGAS DICEN QUE SOY UNA DRAMÁTICA

Yo nací un poco de rebote. No me tocaba hacerlo: a mi madre le venía mal tener una hija a los veintiséis años con un hombre al que no quería. Sin embargo, en los noventa el aborto no estaba bien visto, así que a mis padres no les quedó más remedio que casarse.

Antes de la ceremonia, mi madre fue a ver a una pitonisa para que le calmara los nervios. Tenía la esperanza de que, en los astros, la mujer viera el brillante futuro que ella no lograba atisbar. La adivina le dijo que el matrimonio sería infeliz y terminaría en divorcio. Su respuesta le hizo llorar, aunque, en realidad, ella ya lo sabía. Aun así, decidió seguir adelante. Estaba demasiado asustada y demasiado sola.

A nadie le sorprendió que, cuatro años después, aquel matrimonio de conveniencia hiciera aguas.

Me gusta pensar que fue mi culpa, porque la gota que colmó el vaso fue un dibujo que hice cuando iba al parvulario y que la profesora mostró, preocupada, a mi madre. Representaba a una niña llorando desconsolada en medio de dos figuras adultas que parecían discutir. La pobre de mi madre

sintió una culpa inmensa: estaba claro que sus continuas discusiones conyugales me estaban creando un trauma.

Cuando mi madre me lo contó, años después, me reí y le dije que solo había pintado una escena de *Alicia en el país de las Maravillas*. Aquella en la que crece hasta parecer un gigante y crea un océano con sus lágrimas. No supo qué decirme: durante años, la anécdota había sido la excusa perfecta para justificar su divorcio.

De todas formas, me alegra haber sido el trampolín que impulsó el divorcio de mis padres. No sé si habría soportado crecer en una familia estructurada.

Mis amigas dicen que soy una dramática, y puede que tengan razón. Mi problema es que lo quiero todo, y lo quiero ya. Se suponía que, a los veintidós, iba a ser una periodista de éxito o, por lo menos, que conocería al amor de mi vida. Pero lo único que he logrado hasta ahora es trabajar como becaria en una revista en la que me echarán en cuanto se me acaben las prácticas. Y, sí, puede que tenga novio, pero es que, aunque me pese decirlo, lo detesto profundamente.

¿Cuándo decidí poner obstáculos a mi propia felicidad? ¿Fue cuando me di cuenta de que era tan fracasada como el resto de seres humanos que habitan el planeta Tierra? ¿Cuándo crecí y dejé de soñar? ¿Cuándo me enamoré de todos aquellos capullos que me enseñaron que en los hombres no se puede confiar?

Siempre he sido una romántica. Dicen que las personas escogemos el veneno que nos matará lentamente. Yo no fumo, ni bebo, ni apuesto, ni me drogo. Yo me enamoro. Quizás no solo sea cosa mía. El opio de las mujeres es el amor romántico. Mientras los hombres acumulan ascensos, coches y pisos, nosotras hombres. Parecen compatibles con una carrera, con el éxito y con un salario digno, pero no es así: un cocainómano invierte menos energía en la droga que una mujer en una relación amorosa. Especialmente si es una relación tóxica.

¿Cuántas veces he puesto a un hombre en el centro de mi vida para, después, darme cuenta de que no mereció la pena? ¿Cuántas veces le di mi corazón a quien no se lo merecía, solo para quitarme de encima la responsabilidad de tomar las riendas de mi vida?

En fin, soy tremendamente gilipollas.

Quiero que alguien me diga lo que tengo que hacer. Que baje un ángel del cielo y me dé un mapa donde el camino de mi vida esté trazado con una línea roja. Quiero que la Santana de dentro de diez años me llame por teléfono y me diga que todo va a salir bien. Que encontraré un trabajo que me gusta, uno que me hará rica y famosa. Que me enamoraré de alguien a quien quiera de verdad, alguien que me querrá de vuelta y no se dedicará a joderme la existencia.

¿De verdad es tanto pedir que la vida no sea una mierda?

Capítulo 1

TODA LA CULPA ES MÍA

—Si no llevas tacones, no eres una mujer elegante —aseguró la *cosa* mientras acercaba la copa de vino blanco a sus labios pintados de rojo.

Me miré los pies. Llevaba unos tenis blancos. Me sentí ridícula.

—Eso es extremadamente machista —protesté.

La *cosa* me dedicó una sonrisa benevolente.

—Es solo la realidad. —Los demás asintieron—. Aunque, en tu caso... por mucho que la mona se vista de seda... —Hubo una carcajada general.

Me sentí ridícula. Y, por alguna razón, gorda. Me separé del grupo disimuladamente y fui directa al baño para comprobar ante el espejo si era guapa. Me pinté los labios. Sí, era guapa. Pero aquella mujer mucho más.

—¿Quién eres tú? —preguntó una voz que provenía de uno de los cubículos de los retretes.

—¿Que quién soy yo?

—Sí, ¿quién eres tú?

No supe qué responder a esa pregunta.

—Tendrías que haber estudiado otra cosa —Observó. Debía de estar fumando, porque una nube de humo aso-

maba desde el techo del cubículo—. Nunca vas a encontrar trabajo.

—Sí que lo haré. Soy buena. —Me tambaleaba por culpa de la borrachera, así que me apoyé sobre el lavabo.

—Qué vas a ser buena. No sabes ni hacer la «o» con un canuto. —Ahora, en vez de nubes, surgían del baño círculos de humo que se arremolinaron por toda la habitación—. Te has enredado.

Tenía razón. Me había enredado. Y no tenía ni idea de cómo deshacer el nudo.

Me desperté de la pesadilla entre sollozos. En el portátil seguía reproduciéndose la serie que me había puesto antes de quedarme dormida. Me miré en el espejo, del que colgaba el vestido de la noche anterior: no me había desmaquillado y tenía todo el rímel corrido por la cara, como si hubiera estado llorando durante horas. El reloj marcaba las diez de la mañana, así que me envolví entre las sábanas. Era mi primer día de adultez después de la graduación y pensaba pasármelo durmiendo. Total, no sabía qué coño hacer con mi vida.

Cuando me desperté, me sentí culpable por haber dormido hasta las dos de la tarde. Para compensar mi vagancia, decidí empezar una dieta y comprarme un libro sobre feminismo. Buscaba argumentos para discutir los de aquella extraña «cosa» de mi sueño y autoestima para no sentirme intimidada. Combinar empoderamiento y malnutrición era una de mis incoherencias.

Empezaba el verano y la revista para la que trabajaba como becaria me había encomendado una misión: drogarme.

—Queremos una crónica en primera persona. ¿De acuerdo? Tiene que ir sobre la experiencia de tomar cristal cuando estás de fiesta.

A mí me daba un miedo atroz experimentar con sustancias psicotrópicas.

—Maite, no sé si... Yo paso de drogarme.

—Santana, querida, si no pasa nada. Yo lo he hecho y es genial.

—¿Y por qué no lo escribes tú?

—¡Ay, cariño! Yo tengo cuarenta años, a nadie le interesa lo que haga. Tú eres joven. Cuando te elegimos, dijiste que estabas dispuesta a probar cosas nuevas.

—Sí, pero me refería a viajar o a hablar con indigentes.

—¡Cariño, tienes que salir de tu zona de confort! Pero, bueno, tú verás.

«Tú verás».

No me quedó más remedio que drogarme.

Llamé a Olivia para que me aconsejase. De entre todas mis amigas, ella era la única que sabía del tema. Me dijo que iba a ir a casa de unos colegas muy «chachis» y muy liberales y que, si quería experimentar con las drogas, aquella era la oportunidad perfecta. Le dije que sí, por supuesto, y en una hora y media ya estaba de camino a mi piso.

Me ofreció la pastilla naranja mientras nos maquillábamos. No podíamos ir a su casa para aquel tipo de fies-

ta, su padre siempre insistía en llevarla en coche desde aquella vez que la había pillado en una *rave* en El Raval, completamente drogada, sucia y rodeada de gente. No se había tomado demasiado bien ver a su «princesita» en aquel estado.

—Tienes que tomártela con el cubata, porque sabe fatal —me aconsejó.

El corazón me latía tan fuerte que tuve la sensación de que, si probaba aquello, me iba a dar un infarto.

—¿Estás segura de que no me voy a quedar en coma como la del libro de *Strawberry fields*? —pregunté, temblorosa.

—¿Qué libro? ¿De qué hablas? Claro que no, tía. Si el alcohol es mil veces peor y todos los viernes te metes cinco tequilas. Deja de pensar en negativo o te va a dar un mal viaje. —Acompañó el sermón con un gesto para que me apurase, porque ya llegábamos tarde.

Suspiré y me tragué la media pastilla rezando para no terminar en el hospital. Efectivamente, sabía a rayos. La apuré con el ron cola que me estaba bebiendo y tuve que hacer esfuerzos para no vomitar.

¿Qué era lo que veía la gente en las drogas?

—¡Hostia, cómo aplaudo! —exclamé mientras chocaba las palmas de mis manos con todas mis fuerzas y a una velocidad inverosímil. Producían un restallido metálico cuyo eco viajaba por toda la habitación. Casi podía ver las ondas de sonido rebotando contra la pared y entrando las orejas de la

gente. «Qué afortunados —pensé—, se les está metiendo el ritmo en la cabeza».

—Eh, ¡a Santana le ha subido! —anunció Olivia al resto de la fiesta. Todos alzaron su copa en señal de enhorabuena. Uno se metió una raya para ponerse a la altura.

—Eh, eh, eh, eh, eh. ¡Mira cómo suena! —Yo seguía con lo mío.

—Cuidado, chica, que te vas a romper algo.

Sentí el contacto de unos dedos en mis hombros y un chico que debía de medir dos metros o incluso tres se materializó por mi derecha. Me agarró de las manos para que dejara de aplaudir y el contacto físico me puso cachonda. Me fijé en su cara; era mono.

—Es que voy un poco drogada —susurré, como si le estuviera confesando que en tercero de la ESO había asesinado a un compañero de clase.

—Yo también, ¿bailas?

Nos unimos al extraño grupo que se movía al son de la música en el medio del salón. Estábamos en un piso okupa en El Carmel. Por la ventana se veía la otra cara de Barcelona: la de las casas bajas, viejas y sucias, rodeadas de canchas de baloncesto oxidadas y parques mal cuidados. Una de las chicas de la fiesta se había puesto una bufanda a modo de turbante y llevaba unas gafas de sol estilo retro. Parecía un jeque árabe y bailaba meneando la cabeza y los brazos de arriba abajo. La estaban vitoreando y quise unirme a la celebración para poder aplaudir en comunidad y descubrir cómo sonaban, así, los aplausos.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó el chico gigante mientras meneaba sus enormes extremidades. «Si levanta más los brazos, va a romper el techo», pensé.

—Santana, ¿y tú?

—Me llamo Pol. ¿Tienes novio?

—Sí —contesté, aunque no sonaba muy convencida.

—Vaya. Tiene suerte tu novio.

—Gracias. La verdad es que no le quiero.

—Oh. Entonces la suerte la tengo yo. Dame tu número.

Ignoré su petición. Estaba pensando. Pensaba muy rápido. «Y si no le quiero, ¿por qué sigo con él? Igual es porque mis padres fueron negligentes conmigo y ahora tengo carencias emocionales. Igual le tengo apego al amor. ¿Qué es el amor? ¿Mariposas en el estómago? No siento mariposas en el estómago. Soy una persona horrible. Mañana mismo lo deajo. Y me compro un móvil nuevo para sentirme mejor».

—Oye, ¿sigues aquí?

—Sí, sí. Estaba «pensando». —Puse el énfasis en la última palabra—. A veces me pongo a pensar y no sé lo que ocurre a mi alrededor. Yo creo que estoy un poco mal de la olla.

—Todos lo estamos. Si quieres, vamos a terapia juntos.

—¿Tú vas?

—Sí, y me ha ayudado. Es que tenemos que aprender a decir no, ¿sabes? Me lo voy a tatuar en el brazo. —Se señaló en la zona a la que se refería, que estaba llena de pelos largos y rizados—. Decir «no» también es una opción.

Pol era la persona más sabia del universo.

—No me das tu número, ¿no? —Me encogí de hombros.

Empezó a sonar una canción que estaba de moda por aquella época y grité, dando saltitos. Empecé a bailar, empujada por una energía que no sabía de dónde venía. Bailaba como si no hubiera nadie a mi alrededor. Salté. Saltamos. Mi pelo era mucho más negro de lo que lo recordaba. ¿Estaría rico? Me lo metí en la boca, por probar. La chica jeque árabe intentó besarme. Me asusté.

—¡No pasa nada, aquí todos nos queremos! —dijo ella, y besó a Pol.

Pol respondió con un beso aún más intenso. Me quedé mirándolos con cara de decepción; ahora ya no me gustaba Pol, me había «puesto los cuernos». Tenía que disimular, porque ellos eran abiertos de mente y yo ya me había puesto celosa porque una desconocida había besado al desconocido con el que hablaba. Aplaudí, que se había convertido en mi cosa favorita. Después, Pol intentó besarme a mí.

—Eh, que tengo novio —le recordé.

—Tú necesitas dejarte llevar —respondió, despectivo.

Aquella frase me jodió bastante, porque llevaba toda la razón. Tendía a reprimirme; nunca me permitía hacer lo que me apetecía, sino lo que «estaba socialmente aceptado y era bueno». Acordarme de aquello me deprimió un poco. Me separé de los que bailaban y me fui junto a los que se sentaban, algo socialmente aceptado y que era bueno.

Olivia estaba hablando con una chica. Me pareció que era muy guapa. «¿Seré lesbiana?». Pensé. «Es que me da mucho asco eso de comerme un coño», volví a pensar. «¿Ves como te reprimes?».

—¡Santana! ¿Cómo lo llevas? Mira, esta es la novia de Pol, Cintia. —La chica que me había parecido guapa me dio dos besos. Olía a perfume barato, de este que se compra en el supermercado y huele a flores y alcohol.

—Creo que le gustas a mi chico —me dijo, arrastrando las palabras debido a su estado de embriaguez.

Me puse roja.

—Ay, Dios. Lo siento, no sabía que estaba con alguien.

—¡Ah, no te preocupes, somos poliamorosos!

—¿No es genial? —me preguntó Olivia.

«Madre mía, no», pensé.

—¡Sí! —respondí.

—Eres muy guapa —prosiguió Cintia—. Anda, mira, Pol se está liando con Antonio. —Señaló a la pista de baile donde, efectivamente, Pol se estaba liando con Antonio—. ¡Qué guay!

Me dio la impresión de que a Cintia no le estaba pareciendo nada guay.

Tuve la peor resaca de mi vida, pero a Maite le encantó el artículo. «Para la próxima, cocaína», propuso con entusiasmo. Me puse blanca y me dijo que era broma, pero creo que estaba intentando ver si colaba.

En fin, qué se le iba a hacer. La revista era mi única oportunidad para encontrar trabajo. Ya me estaba haciendo mayor

para entrar en la categoría de personas que tienen éxito en la vida: o me apuraba o llegaría a los veinticinco siendo una fracasada. Hasta el momento, tenía un trabajo precario como becaria y un novio al que no quería. Iba bien la cosa.

Me llamó Mateo. No sé por qué le contesté. Supongo que fue porque iba a dejar a mi novio.

—Te echo de menos, pequeña. —Su voz sonaba espesa. Probablemente, debido a la maría. A Mateo le encantaba, era como su mejor amiga.

—¿Otra vez? —contesté.

—Joder, eres una amargada.

«Ya estamos. No tendría que haberle contestado».

Mateo era el chico constante, pero siempre lejano de mi vida. Llevábamos cinco años orbitando uno alrededor del otro y, siempre que nuestras gravedades chocaban, se producía una tragedia. Aún no entendía por qué seguía hablando con él. Él tampoco entendía por qué seguía haciéndolo conmigo. Parafraseando a la mayor obra de arte del siglo XXI, Crepúsculo: «Era, exactamente, mi marca de heroína».

—¿Cómo te va? —dije tras un pequeño silencio. En el fondo, le quería.

—Bien, bien. Trabajando y estudiando. ¿Y tú?

—De puta madre. Mañana es tu cumpleaños, ¿no?

—Sí. Menuda mierda. Veinticuatro años. Se me va la vida.

—Nos reímos ante su exageración—. Oye, que te echo de menos. ¿Cuándo nos vemos?

—Cuando cumplamos cuarenta y ya no nos quede nadie —respondí. Teníamos la promesa de casarnos a esa edad—. Yo también te echo de menos, muy a mi pesar. —Soltó un grito de triunfo.

—No puedo esperar a ser un viejo y casarme contigo —aseguró.

—Claro, seremos de esas parejas que se pegan en medio de la discoteca y luego follan en el baño.

—Eso, eso. Ojalá estuvieras aquí. Echo de menos tus mamas.

Colgué y vi que mi novio me había mandado un mensaje. Me sentí un poco culpable, pero se me pasó enseguida al recordar que tenía que dejarlo.

—Buenos días, cielo. —El mensaje era de las diez de la mañana. Ya eran las cuatro de la tarde.

—Hola, perdona, estaba de resaca.

—¿Fuiste de fiesta?

—Sí.

—¿Un jueves?

—¿Sí?

—¿Y con quién fuiste?

—Con Oli.

—¿Con la yonqui esa?

—Te he dicho mil veces que no la llames así. Además, no es una yonqui, solo lo hace de vez en cuando.

—¿Y qué, ligaste mucho? —me preguntó en tono inculminatorio.

—Si te vas a poner así, te cuelgo —le ladré.

—Vale, vale. Ya me callo. Oye, tengo una sorpresa. He cogido unos vuelos para ir a verte este finde. ¿Qué te parece?

—¡Ah, genial!

Mierda. Ahora no podía dejarlo.

Fran vivía en Madrid, lo cual era todo un alivio, porque así no tenía que verlo a menudo. Llegó dos findes después. Fue un fastidio; había una fiesta a la que todas mis amigas iban a ir. Podría haberlo llevado, pero ninguna de ellas lo soportaba. Daba igual. Total, iba a dejarlo. Me molestó muchísimo que me jodiera los planes, pero no le dije nada e hice como si estuviera superilusionada de volver a verlo.

Mi querido novio medía un metro noventa, era flaco como una escoba y, cuando sonreía, se le asomaba la paletilla. A veces, me recordaba a un caballo. No llevábamos ni un año saliendo juntos y ya no nos aguantábamos. Lo único que nos unía era que él estaba absurdamente enamorado de mí, y yo absurdamente conforme con ello. En el fondo, los dos pensábamos que no íbamos a encontrar nada mejor. Fran era el primer chico con el que salía que me quería de verdad (o eso pensaba yo). Mis pasadas relaciones habían sido un fracaso. Con Fran, todo estaba asegurado: prima de riesgo igual a cero, probabilidades de sufrir; ninguna. ¿Cómo iba a hacerlo por alguien a quien no quería? Y, sin embargo, sufría por no quererlo.

Tampoco es que él fuera un angelito. Cuando llevábamos una semana liados, me enteré de que tenía novia. Habían

estado cuatro años juntos y él no sabía cómo dejarla, así que le ponía los cuernos, a ver si ella lo pillaba en una de esas y se ahorra la charla. La tía, por supuesto, se enteró, pero le dijo que lo perdonaba, así que a Fran no le quedó otra que hacer de tripas corazón y romper con ella.

Después, vino a buscarme, no sé si porque se había enamorado de mí o porque no soportaba la idea de estar solo. Probablemente, una mezcla de las dos.

—Deja tus cosas encima de la mesa. ¿Vamos a comer? — Ir a restaurantes era una de las pocas cosas que se nos daban bien como pareja.

—Ven aquí —dijo mientras me abrazaba. Me besó y fingí que sentía algo.

Siguió besándome y fuimos a la cama. En el sexo funcionábamos bien o, al menos, eso creo: no es que tuviera buenas experiencias en las que basarme para hacer la comparación.

—Te echaba de menos —suspiró cuando acabamos, quedándose un rato encima de mí y asfixiándome en el proceso.

—Ajá —respondí, intentando sacármelo de encima. Me estaban entrando náuseas.

—¿Tú a mí no?

—Sí, claro, muchísimo. —Le di un beso para que se callara y me fui al baño para mear y evitar una infección de orina.

Regresé y me acosté a su lado. Nos quedamos mirando el techo. Empecé a ponerme nerviosa. «Tienes que dejarlo, tienes que dejarlo», me decía la Razón. «Ten paciencia, igual algún día logras enamorarte de él», replicaba el Miedo. Era

como si en mi mente se hubieran instalado dos ejércitos que luchaban por ver quién tenía el mando de la situación: si el equipo «deja a Fran de una vez» o el «no lo hagas, es un buen chico y te trata bien».

—Por cierto, ¿este verano vas a ir a Baleares con tus amigas?

—Fran se había sentado y me observaba con un gesto algo extraño.

—Al final sí.

—¿Y eso?

—Pues nada, que tengo ahorrados trescientos euros y me apetece gastármelos en un viaje.

—La semana pasada me dijiste que no íbas, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

Fran había puesto el tono de victimista que utilizaba siempre que estaba a punto de reprocharme algo.

—Que antes no me apetecía y ahora sí, ¿a qué viene el interrogatorio? —exploté, sin ninguna gana de empezar a discutir.

Él se quedó mirando al infinito.

—Sabes que las noticias vuelan —murmuró, intentando sonar misterioso.

—¿Qué noticias?

—Me han contado que tu compañero de clase, ese con el que tanto tonteabas en la carrera, lo ha dejado con la novia.

—¿Y? —chillé. Quería agredirle físicamente con una zapatilla.

—¿Cómo que y? ¿Cómo que y, Santana? —respondió él, alzando cada vez más la voz—. ¿La semana pasada no querías ir, Pablo lo deja con la novia y ahora sí que vas? ¡No soy tonto!

¡Sé que vive en Mallorca! —le salió un gallo al terminar la frase, lo cual podría haberme hecho gracia si no fuera porque me estaban entrando ganas de vomitar.

A mí algo me olía a chamusquina, pero las acusaciones me hacían sentir culpable. Era verdad que Pablo lo había dejado con su novia. Me lo había dicho el sábado, pero mi decisión no tenía nada que ver con eso. Por mucho que no quisiera a Fran, no iba a ser tan rastrera como para ponerle los cuernos.

Aspiré una buena bocanada de aire y me dispuse a refutar todos sus argumentos.

—Punto número uno: no he cambiado de opinión porque quiera liarme con Pablo. Punto número dos: ¿de dónde coño has sacado esa información?

—Amigos de amigos, ese no es el caso.

—¿Amigos de amigos?

La intuición se me había disparado. Instintivamente, busqué mi teléfono en el bolsillo del pantalón del pijama. No estaba. Escaneé la habitación, dándome cuenta de que, al ir al baño, lo había dejado tirado sobre el colchón. Lo encontré sobre la mesilla, con la pantalla bocabajo.

—¿Has cogido mi móvil?

—No me cambies de tema. ¡Responde!

Cogí el aparato y lo desbloqueé, buscando pruebas. Tenía el Facebook abierto, justo en la conversación por chat que había tenido con Pablo aquel sábado.

—Ni mirarme el móvil sin que se note sabes —le solté mientras le enseñaba la pantalla. Él no respondió, se quedó

mirando hacia la pared con expresión de derrota, pensando, quizás, que la artimaña le hubiera salido bien si no hubiera cometido aquel error de principiante.

Me levanté de la cama y salí del cuarto dando un portazo. Me sentía victoriosa. Aquella era una buena excusa para dejarlo, ¿verdad? Había hecho algo imperdonable: mirarme el teléfono. La culpa de la ruptura sería suya, no mía.

Fran corrió detrás de mí.

—¡Joder, lo siento! ¿Qué quieres que haga? —Tenía lágrimas en los ojos y estaba visiblemente alterado, pero, en vez de darme pena, lo único que me dio fue asco—. ¿Me vas a negar lo de Pablo? ¡Tú misma me dijiste que te había gustado mucho!

—¡Vete a la mierda! ¡Pablo y yo solo somos amigos! Pero, mira, ¿sabes qué te digo? Voy a ir a Baleares y ahora sí que me voy a follar a Pablo, y tú ya puedes olvidarte de que existo porque no quiero saber nada más de ti.

Al día siguiente, fuimos a comer a otro restaurante. Fran iba vestido con unos vaqueros y unos náuticos, una combinación horrorosa. Vestir bien no era lo suyo. Yo, por mi parte, me puse un vestido de flores: sabía que le gustaban las chicas «femeninas» y quería, de alguna forma, disculparme por lo que le había dicho la noche anterior. Fran siempre conseguía que me sintiera culpable por todo, incluso aunque no llevara la razón.

—¿Y ese vestido? ¿Es nuevo?

—Como casi todo mi armario, me he estado gastando el dinero de la beca en ropa... —dije casi sin pensar mientras buscaba las llaves de casa.

Fran alzó una ceja y yo lo miré con toda la furia de la que fui capaz. Se suponía que tenía que ahorrar la mayor cantidad de dinero posible para pagarme un máster en Madrid e irme a vivir con él, pero no paraba de gastármelo en salir de fiesta y en ropa. No sabía qué hacer con mi vida y despilfarrar en tonterías era mi única vía de escape.

Para evitar una pelea, pasé por delante de Fran y abrí la puerta de la cocina, donde estaba mi padre haciendo la comida.

—Nos vamos —le dije.

Él asintió y no dijo nada, porque tenía la radio a tope. Reconocí una canción de Manolo García que siempre me ponía cuando era pequeña. No sé por qué, pero me dio un escalofrío.

Fuimos al restaurante andando y, durante el camino, ninguno dijo nada. No conocía el sitio, a pesar de que aquella era mi ciudad y no la suya: a Fran le gustaba ir a sitios caros, de esos que ni mis amigas ni yo podíamos permitirnos. Este, en concreto, era italiano, con el techo decorado con parras de plástico, columnas color oro y espejos por toda la estancia. Me fijé en que los comensales iban bien vestidos, de traje, corbata y tacones. Me sentí desentonada con mi vestido y mis zapatillas de deporte, como en mi sueño. Un camarero se acercó y nos sentó a la mesa. Nos sirvió agua y aperitivos con una sonrisa en la cara. «Pobrecito», pensé. Tenía la firme

convicción de que ser camarero era el equivalente del siglo veintiuno a ser un esclavo.

—Mira, tienen una pizza de sobrasada, como en Mallorca.

—Señaló Fran alzando la carta y mostrando los dientes delanteros.

—Qué obsesionadito estás, ¿eh?

Se le borró la sonrisa de la cara.

—¿Obsesionado con que mi novia sea una guarra? Puede.

—Supéralo de una vez.

Había una razón por la que Fran no se fiaba de mí y es que, al principio de nuestra relación, como yo había dudado, me había acostado con otro. Había sido solo una vez y, supuestamente, aún no estábamos juntos, porque yo me lo estaba pensando. Después de hacerlo, me había arrepentido, se lo había dicho y le había explicado que, aunque quería salir con él, lo entendía si había cambiado de opinión.

—No te preocupes, podemos pasar página. —Había dicho—. Te perdono.

Pero ni había pasado página ni me había perdonado; desde entonces, vigilaba cada uno de mis movimientos. Lo gracioso era que él mismo se había acostado con varias chicas, por no hablar de que tenía novia en el momento que nos conocimos. Pero, en fin, supongo que el único que podía transgredir las reglas era él.

El camarero se acercó para tomarnos la comanda, interrumpiendo el principio de la misma discusión de siempre, esa en la que él me acusaba de ligar con otros delante de sus

narices, yo le decía que era un paranoico y terminábamos insultándonos. «Gracias a Dios», me dije a mí misma. Pedí una pizza de champiñones.

—¿Te la vas a comer toda tú sola? —me preguntó Fran, abriendo mucho los ojos, como si aquello fuera un crimen.

—¿Sí, por?

—Ay, no te enfades, es solo que... bueno, tienes que empezar a cuidarte.

Dirigió las manos a su estómago y las movió de arriba abajo, como si su barriga se estuviera hinchando. A Fran le encantaba señalar que, desde que salíamos juntos, yo había engordado. Así me dejaba claro que no iba a encontrar nada mejor que él.

Contrataqué.

—¿Sabes que el otro día me llamó Mateo? —dije con mi voz más inocente. Mi novio odiaba a Mateo, sabía que él era mi eterno asunto pendiente.

—Es que lo sabía —respondió, dejando los cubiertos sobre la mesa con un golpe—. ¿Cómo puedes tenerte tan poco respeto? Ese tío solo te quería para follar.

—¿Qué te crees, que yo no lo quería solo para follar?

—No es lo mismo.

—¿El qué no es lo mismo?

—No es lo mismo para una mujer que para un hombre.

—Hay que joderse.

—Las mujeres no sois capaces de distinguir entre el sexo y el amor.

Me levanté, roja de ira.

—¡Eso es jodidamente machista!

—Joder, no te enfades. Si lo digo por tu bien. Venga, siéntate.

—Eres un machista de mierda —repetí, mientras me sentaba. Tenía hambre y quería la pizza, así que no iba a irme a pesar de la discusión.

—¿Tú sabes cómo me sienta saber que aún sigues hablando con un tío que te trató como una mierda? Y yo, con lo bien que te trato...

—Ya te dije que te quiero.

—Sí, pero no estás enamorada de mí.

—Porque eres insoportable.

Me arrepentí al momento de haber dicho aquello, porque sabía perfectamente que la intención que Fran había tenido era que le dijese que no tenía razón, que sí que estaba enamorada de él. El pobre se quedó clavado en el sitio, pálido como el papel. Cuando se quedaba sin respuesta, era señal de me había pasado. Comenzó a llorar. Fue como si la presa que contenía su orgullo y su dignidad se hubiera derrumbado; las lágrimas se le salían de los ojos a la carrera, y empezó a hipar y a moquearse.

—¿Qué te he hecho yo para merecer esto? —dijo entre sollozos.

Me dio tanta pena que le di un abrazo. Se agarró a mí con toda la fuerza que tenía. Olía a colonia de Hugo Boss. «La misma que usa mi padre», pensé, algo asqueada. De repente y, sin saber cómo, nos estábamos besando. Sentí la necesidad de hacerle sentir mejor, así que fingí que yo también lloraba.

—Te quiero mucho —me susurró al oído.

Sentí náuseas.

Era la peor persona del mundo.

Me merecía todo lo malo.

Mis planes de dejar a mi novio se habían ido al garete: después de aquella escena, tuve que seguir con Fran. Me convencí a mí misma de que esa era la mejor decisión. Fran me adoraba. ¿Por qué no podía contentarme con ello? ¿Quién era yo para buscar algo mejor?

—En conclusión, supongo que, al final, tendré que casarme con él.

Estaba con Alana, Paula y Olivia tomando algo en el bar de siempre y comiendo pipas.

Ninguna de las tres dijo nada, pero noté como Alana y Paula, que estaban enfrente de mí, se miraban de reojo. A la última se le escapó un suspiro. Olivia, que estaba a mi izquierda, me puso la mano sobre la pierna y me dio dos palmaditas.

—Ay, cielo, tienes que dejar a ese gilipollas de una vez —dijo, repitiendo la misma frase que mis amigas ya me habían dicho en incontables ocasiones.

—El otro día estabas decidida a cortar —se atrevió a añadir Alana mientras abría con los dedos la cáscara de una pipa. Le daba repelús hacerlo con los dientes.

—Bueno, pues he cambiado de opinión —argumenté, mirando hacia otro lado.

—Bueno —repetió ella en mi tono de voz, casi como si se burlara—, haz lo que quieras. Pero luego no vengas a quejarte de que no lo soportas.

No respondí. Me quedé callada mirándome las palmas de las manos, aguantándome las lágrimas, aunque, al final, reuní el valor para defenderme una última vez.

—En esta ocasión va a ser diferente. Creo que podemos superar nuestros problemas y ser felices de verdad.

De nuevo, nadie respondió, lo cual fue peor. «¿Se pensarán que soy imbécil?», me pregunté. Que yo lo pensara era una cosa, pero que lo hicieran mis amigas lo hacía real.

—Nunca vas a ser feliz con él, y lo sabes. —Alana volvió a coger otra pipa para repetir el procedimiento de desmembrarla con los dedos y meterse la ínfima porción de comida en la boca tras cinco minutos—. ¿Esta vez qué ha hecho para convencerte? ¿Te ha llamado gorda o se ha puesto a llorar?

Le saqué la pipa de la mano y se la pelé.

—Ambas —respondí mientras se la devolvía, ya lista para comer.

Alana la tiró al suelo de un manotazo.

—Pues me cago en su puta madre —dijo, mirándome con la ira reflejada en sus ojos—. Estás chalada.

—No estás gorda —intervino Olivia.

—Tampoco estoy delgada —repuse yo, alzando una ceja.

En uno de los televisores que colgaban del techo estaban poniendo vídeos musicales de los años 2000 y las cuatro nos quedamos mirando la pantalla, embobadas y en silencio.

—¿Os apetece salir este finde? —Paula, que desde el principio de la conversación se hallaba absorta en su teléfono, ajena a lo que ocurría, nos enseñó la pantalla del *smartphone*. Tenía abierta la página web de la discoteca Chachá, uno de los locales a los que solíamos ir desde que íbamos a secundaria.

—Uf, ¿en ese antro? —Olivia agarró el móvil de las manos de Paula para mirarlo más de cerca—. ¿Y si vamos a Magic!?

—¿Por qué allí? —interpuso Alana.

—Ay, porque ahí es donde va la gente, cielo.

—¿La gente o tu ex?

—Y yo qué sé dónde va mi ex.

—Solo digo que la última vez que conseguiste arrastrarnos a un sitio pijo de estos estaba tu ex y, en cuanto lo viste, ya no se supo nada de ti. —Se comió la pipa que llevaba ya minutos pelando—. Prefiero ir a Chachá. O vamos a una de esas *raves* a las que sueles ir.

—Suena bien —se apresuró a añadir Paula.

—Mejor no, me estoy desintoxicando. —Olivia era de extremos, o iba a la peor *rave* del peor barrio de la ciudad o a las fiestas más pijas de Barcelona. Para ella, Chachá era territorio de los vulgares: una discoteca donde se reunía la gente sin dinero y sin ganas de divertirse (porque no se drogaban).

—Pues vamos a Chachá —dijo Paula, un poco harta.

—Pero bueno, que si queréis ir a la pija, podemos votarlo —remató Alana, mirándome fijamente.

—Bueno, sí, votarlo es buena idea —coincidió Paula. «Dios no quiera que le llesves la contraria a Al», pensé. Paula tenía la extraña afición de lamerle el culo.

A pesar de la mirada de Alana, voté por Magic!, en parte, por llevarle la contraria y, en parte, porque era lo que realmente quería, así que la cosa quedó en empate.

—Necesitamos una quinta amiga —bromeé, intentando quitar peso al asunto. Conseguí que se rieran un poco, así que me animé—. Por mí, vamos a las dos. Están casi al lado. Vemos el ambiente y elegimos.

—O id vosotras a una y nosotras a la otra —sugirió Alana en tono indiferente y encogiéndose de hombros.

—No, da igual, venga, vamos a Chachá —concedió Olivia, ya cansada. Me lanzó una mirada cargada de significado. Siempre era igual: o se hacía lo que Alana quería o no se hacía nada.

Nos pusimos a hablar de otra cosa, pero Olivia ya no estaba atenta. Miraba en su móvil las historias del Instagram de su ex. Me di cuenta de que estaba detenida en una donde ponía «este finde, Magic! ¿Quién se viene?». Me dio mucha pena, porque Olivia echaba mucho de menos a su ex y se merecía que sus amigas la apoyasen en el intento de recuperarlo. Pero, por otro lado, me dio rabia comprobar que Alana tenía razón, porque no era la primera vez que Oli intentaba engañarnos para poder verlo.

«¿Y cómo coño ha sabido Alana que Olivia quería ir por su ex?», me pregunté, sintiéndome un poco celosa por su perspicacia.

—¿Cómo va la búsqueda de empleo? —preguntó Paula. Por supuesto, la pregunta iba dirigida a nosotras tres. Ella trabajaba como dentista desde hacía un año y le iba de perlas. Era la única que había estudiado una carrera por sus salidas y no por vocación, ahora recogía los frutos de su sacrificio mientras el resto se cagaba en la madre de su yo pasado.

Alana y yo soltamos un bufido de fastidio. Olivia aprovechó para quejarse.

—Ay, mal —dijo con la voz aguda—. No sé qué estaba pensando cuando elegí la carrera. Pero, mira, ya he llegado a los cinco mil seguidores. —Nos enseñó su Instagram y constaté que, efectivamente, había llegado a los cinco mil seguidores.

Agarré el móvil para mirar bien su cuenta, deslizando hacia abajo con el dedo. Todas sus fotos eran de ella vestida con ropa a la última, en poses insinuantes. Quería ser *influencer*, algo que yo apoyaba totalmente. El problema era que su *fan base* la constituían hombres que se la querían follar y no mujeres dispuestas a comprar sus conjuntos, algo bastante necesario si uno quiere ser *influencer*, por eso de influenciar. Olivia había estudiado Empresariales y ni siquiera ella sabía para qué servía su título. «Quería sacarme algo fácil», me había explicado en segundo de carrera, cuando nos conocimos. El plan era heredar el negocio de su padre hasta que, al graduarse, se dio cuenta de que llevar una gestoría era un muermo y optó por su verdadera pasión: la moda y el egocentrismo.

—Uhhh, felicidades —dijo Paula, inclinándose sobre su silla para mirar. Le pasé el móvil.

—A mí no me llaman, y ya he peinado todas las clínicas de la ciudad —se dignó a contestar Alana cuando Paula terminó y le lanzó el aparato. Había estudiado Psicología por vocación; realmente, le gustaba. Era una pena, porque si había una profesión sin salida, esa era la Psicología. La otra era el Periodismo, claro. Mientras no encontraba trabajo, curraba en el restaurante de sus abuelos—. Pero ayer subí a trescientos seguidores, ¡yay! —bromeó, devolviendo el móvil a Olivia sin mirarlo.

—Seguro que sale algo pronto —las animó Paula, que se estaba recolocando un mechón pelirrojo en el moño.

—La peor parte de no encontrar trabajo, a veces, es encontrarlo —reflexioné yo—. Como cuando hice las prácticas en el periódico, que me quería morir.

—En la revista estás contenta.

—Y pendiente de un hilo. En cuanto se me acabe la beca: chao. Suspiré. Suspiramos todas.

—La vida es una mierda y luego te mueres —dijo Paula, provocando una carcajada general. Me molestó, porque aquel chiste se me había ocurrido a mí cuando éramos pequeñas y, desde entonces, lo contaba como si fuera suyo. A Paula le encantaba ir apropiándose de personalidades ajenas para compensar la carencia de una propia. Sentí un leve enfurruñamiento y me distraje de la conversación, divagando sobre mi relación con Fran, mi relación con mis amigas y mi asqueroso futuro laboral. Todo pintaba negro.

Volví a casa pensando, de nuevo, en si debía dejar a Fran, que era una duda que vivía alojada en mi mente y que brillaba como un cartel luminoso. «Quizás, si me espero un poco, consigo enamorarme de él». Enamorarme de él era la única esperanza que me quedaba, como si el amor pudiera fabricarse o pedirse por encargo.

Tenía un par de mensajes suyos sin leer y no me apetecía nada responderle. Sin embargo, me había prometido a mí misma que esta vez era diferente y esperaba que pudiésemos ser felices, así que me obligué a hacerlo.

Los mensajes de Fran decían:

—Eooo,tú,estoy haciendo el papeleo del máster.Diviérteme.

»¿Estás ahíííí? Eooooo.

«Dios, menudo pesado», pensé. Pero enseguida reprimí el asco, porque esta vez era diferente, y esperaba que pudiésemos ser felices.

—Hola, perdona, estaba con mis amigas.

Respondió casi al instante, como un desesperado.

—Me voy de fiesta, ¿me ayudas a elegir camisa?

La frase venía acompañada de una foto delante del espejo sin camiseta. Supongo que el objetivo era ponerme cachonda o algo por el estilo, pero lo único que consiguió fue darme mucho repelús. Fran no tenía un cuerpo demasiado agraciado o, si lo tenía, mi falta de interés hacia él provocaba que no lo viera. Con Bruno, por ejemplo, no me había pasado aquello: el pobre era más feo que la mojama y, aun así, yo me había enamorado de él como una tonta. Suspiré. «No

pienses en Bruno», me reproché. Bruno era el enemigo. No había que pensar en él, no se lo merecía.

«Si me atreviera a dejarlo con Fran sería tan feliz... Por fin podría hacer lo que me diera la gana», pensé. «Quizás, si hago las cosas mal, tengo suerte y me deja él a mí». Divagué sobre las posibles maneras de hacer las cosas mal para conseguir que me dejara, dándole vueltas una y otra vez a la posibilidad absurda de que, quizás, si me dejase podría enamorarme de él, como solía hacer con los hombres que me hacían daño.

De tanto pensar sin llegar a una solución firme, el corazón empezó a latirme muy rápido en el pecho. Sentí que me ahogaba, algo que, últimamente, me ocurría con demasiada frecuencia. Apuré el paso para llegar a casa, atravesando la calle como si llevara un cohete prendido en el culo.

Gracias a Dios, mi casa estaba relativamente cerca de la cafetería. Subí las escaleras hasta mi piso, respirando entrecortada. No me llegaba el aire. Abrí la puerta, cerré con llave y corrí hasta mi habitación, echándome sobre la cama e intentando recuperar el ritmo normal de la respiración. Cuando empezaba a encontrarme así, solía venirme bien apuntar mis pensamientos en un pósit. Rebusqué en uno de los cajones de la mesilla de noche hasta encontrar papel y boli. En un vídeo de YouTube había visto que, cuando te entraba la ansiedad, lo mejor era preguntarte a ti misma «¿por qué me siento así?».

Escribí: «Me siento así porque no sé qué coño estoy haciendo con mi vida».

Verlo así escrito, en letras grandes y azules, me hizo sentirme aún peor. Lo taché todo y volví a intentarlo. «Me siento así porque nunca voy a encontrar trabajo como periodista y no quiero a mi novio».

Vale, ¿y cómo podía solucionarlo? ¿Ahorrar para el máster de Madrid, quizás? ¿Iba un máster a garantizarme un trabajo o era solo una manera de retrasar lo inevitable?

Pensé en mis amigas. Alana y Olivia andaban por ahí echando sus currículums en todas las oficinas que encontraban. A mí me daba vergüenza presentarme en los sitios para darles el mío. Si no había un correo electrónico, simplemente no lo hacía. «Lo mejor es que haga el máster, siempre he querido hacer uno. Cuanto más tiempo pueda vivir de mi padre, mejor».

Con el boli volví a tachar todo lo que había escrito en el papel, con rabia y un poquito de desesperación. Ahora respiraba normal, pero me sentía peor. No estaba funcionando.

«¿Quién soy?».

«¿Adónde voy?».

«¿Qué quiero hacer con mi vida?».

Todo era un caos. No tenía las respuestas a aquellas preguntas, y me asustaba muchísimo no llegar a descubrirlas. Me metí en cama, aunque aún eran las ocho de la tarde. Solo quería dormir. Cuando dormía, no pensaba, no me ahogaba y no me sentía culpable por ser un desastre. Era algo que había aprendido tras mi ruptura con Bruno: la inconsciencia

es como un oasis donde no sufres, no lloras y tu único cometido es esperar a que el tiempo todo lo cure.

—Bella Durmiente, ¿te despiertas o qué? —Mi padre asomó la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¿Qué hora es? —pregunté con la voz cansada.

—Las dos. —Otra vez me había quedado dormida hasta tarde—. ¿No te aburres de dormir?

Por toda respuesta emití un lamento. A pesar de haberme acostado tan temprano, no había conciliado el sueño hasta la madrugada.

—Me voy a trabajar. Te queda un arroz en la olla. —Se detuvo un momento antes de volver a cerrar la puerta—. ¿No vas a ver a tu madre este verano?

—Mmm... no sé.

—Vete a verla, que ya hace dos años que no vas.

—Mmm. —Seguía sin cerrar la puerta.

—Oye, ¿estás bien?

Me incorporé, ya dándome por vencida.

—Sí, ¿por?

—No sé... estás un poco rara últimamente.

—¿Yo?

—Sí, no sé...

La situación era realmente incómoda. Mi padre y yo pocas veces hablábamos de nuestros sentimientos.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Él carraspeó.

—Bueno, me voy. Y dale de comer a la gata.

—Que sí...

Por fin cerró la puerta. Esperé hasta escuchar el ruido de las llaves al cerrar el portón principal. Dudé unos segundos, pero, finalmente, me di la vuelta y me tapé con las sábanas. Aún podía dormir un poco más.